

Alejandro Eujanian

En una de sus Ficciones Jorge Luis Borges imaginó un personaje, Irineo Funes, cuyo carácter peculiar radicaba en su infinita capacidad para recordar cada palabra, cada gesto, cada imagen que en algún momento de su existencia hubieran entrado en su campo de percepción. Sin embargo, tal capacidad se transformaba en el relato en una pesada carga para una conciencia saturada por recuerdos que se resistían a caer en el olvido. Dos problemas aparecen planteados en esta alegoría borgeana: el primero, que la inmediatez del pasado en la memoria de Funes era directamente proporcional a la distancia o desinterés por el presente y por ello, la ausencia de cualquier principio organizador y seleccionador de los recuerdos que los transforme en experiencia. El segundo problema, que se desprende del anterior, es el de la representación: cómo representar aquello que por su carácter singular es inasimilable por el lenguaje.

Ambos problemas, el de la relación entre el pasado y el presente articulada por la memoria, y el de la representación de esta relación para la conformación de la memoria colectiva de las sociedades han concitado el interés de científicos sociales, hombres de letras e intelectuales en general en los últimos años, como se evidencia en la proliferación de encuentros académicos y publicaciones, adquiriendo como tema de investigación un notable status académico que, a diferencia de otros, es paralelo a un evidente interés público

por un problema que en apariencia atañe al pasado de las sociedades pero cuya relevancia es resultado de la convicción de que, en rigor, aquello que las sociedades recuerdan como también lo que olvidan tiene implicancias sobre su presente y futuro.

Precisamente es esta convicción el punto de partida de Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y territorios, libro compilado por Cristina Godoy en el que se reúne un conjunto de trabajos de autores que provienen de diversas disciplinas sociales que, como señala Hayden White en el Prefacio, aportan una contribución no sólo a la teoría de la historia sino también a la historia social y cultural de la Argentina del siglo XX. En primer lugar, porque tanto el estudio teórico sobre el problema en cuestión con el que la compiladora abre la colección como los análisis de casos que le siguen atienden a los avances que arrojan las investigaciones a la luz de su confrontación con una realidad concreta. En segundo lugar, porque dicha realidad no es otra que la de una sociedad que lidia con un pasado reciente reclamando justicia por las víctimas del terrorismo de estado, practicado por la última dictadura militar, y resistiendo mediante el recuerdo las políticas del olvido implementadas por el poder político a través de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y de los indultos concedidos por Carlos Menem a los miembros de las Juntas Militares.

Dicha articulación entre teoría y estudios de casos, permite incorporar la cuestión nacional a un debate internacional sobre la memoria colectiva que se ha concentrado, especialmente, en el genocidio llevado a cabo por la Alemania Nazi contra la población judía y en el de los países del este europeo sometidos al dominio stalinista, buscando respuestas a partir de distintas experiencias a interrogantes comunes.

Para abordar esos interrogantes, Cristina Godoy divide la colección en tres partes diferenciadas por los ejes que cruzan los trabajos reunidos en cada una de ellas. La primera parte tiene por título «La subversión del recuerdo». Allí aparecen trabajos como el antes mencionado de Cristina Godoy que junto al de Daniel Feierstein y el de Diana Wang proponen una lectura teórica en la cual, desde una perspectiva crítica de las posiciones revisionistas sobre la Shoa y también de las que conciben el genocidio nazi como un acontecimiento único e inasimilable a otras experiencias contemporáneas, señalan la necesidad de introducir una mirada comparativa que reclama un compromiso público del historiador en la resistencia contra aquellas políticas de la interpretación que promueven el silencio o el olvido. Dicha perspectiva se puede seguir en el resto de los trabajos que reúne ese primer apartado. Ludmila da Silva Catela, define el conflicto que se plantea entre lo público y lo privado respecto del acceso a los archivos de la represión en Brasil. Matilde Bruera e Isabel Fernández Acevedo, ven en los «Juicios de la Verdad» un modo de

recuperar la memoria que se opone a los obstáculos jurídicos que se imponen a la legítima búsqueda de justicia. Beatriz Andrés, analiza a través de la novela de Tununa Mercado *En estado de memoria*, la autobiografía como una forma de reconstruir una identidad fragmentada por la experiencia del exilio.

En el segundo apartado, «Enigmas de la representación», se plantea el problema de la memoria colectiva a partir de la fotografía, el museo y la arquitectura. Las fotos publicadas por el diario *Página 12* de detenidos/desaparecidos, son interpretadas por Elizabeth Martínez de Aguirre como un modo de resistencia a su olvido que evoca a la vez un mundo íntimo del cual las víctimas fueron enajenadas. Silvia Pampinella, ve el museo como lugar de representación de la alteridad en la reunión de objetos que refieren a contextos y tiempos diversos; cuestión que se plantea también en el artículo de Claudio Conenna sobre el simbolismo teológico de los monasterios bizantinos y postbizantinos. Finalmente, Pablo Montini analiza el conflicto planteado por la obra de Raúl D'Amelio, «Sexualidad en la vejez», cuyos rasgos transgresores surgen de la mirada de algunos de los observadores de la muestra plástica.

Esta última cuestión se halla más cercana a los temas del tercer apartado, «El poder de la palabra», en el que el problema central es el de la interpretación. Sylvia Saitta lo analiza a partir de las lecturas sobre el golpe de estado de 1930 que surgen de la prensa y la literatura de la década. Cristina

Godoy y Roxana C. Mauri Nicastro, señalan el problema de la distancia entre emisión y recepción a partir de considerar el lugar del lector de los manuales de buenas maneras, libros de lectura de la pequeña burguesía con expectativas de ascenso en los '30 y '40. Cuestión asimilable al artículo de Carolina Kaufmann sobre los Manuales de Formación Moral y Cívica durante la dictadura, considerando particularmente aquello que refiere a la educación del cuerpo y la educación modélica. Por su parte, Cristina Viano y Gabriela Águila dedican su artículo a reivindicar la historia oral, como una alternativa a la «objetividad» promovida por un mundo académico que tiende a valorar especialmente los «documentos» y como un modo de dar voz a los excluidos a través de sus relatos rescatados en tanto producciones de sentidos sobre los hechos que narran. Finalmente, cerrando este apartado y el libro, Pablo Francescutti plantea el problema de la memoria y el

olvido no ya con respecto al pasado sino al futuro, respecto del cual el olvido se presenta como reacción a la incertidumbre que provoca en algunas coyunturas la crisis de expectativas.

Resultado de una lectura transversal de los artículos es la comprobación de cierta heterogeneidad en el uso de la noción de memoria, si se compara el modo en el que se introduce en cada uno de ellos, lo que es inevitable cuando se trata de una compilación que lejos de pretender cerrar una discusión todavía abierta la promueve, alentando un debate sobre la memoria y sobre la historia reciente que es a la vez una oportunidad para reflexionar acerca del rol de los cientistas sociales y, particularmente, de los historiadores en la construcción de una memoria colectiva de la que no son exclusivos productores de sentidos, como muestran los trabajos reseñados, pero sí quienes cargan con una mayor responsabilidad social.